

lidades ó en quimeras, avanzaban, retrocedían y se atropellaban en medio del tumulto; nadie quería permanecer fijo en el puesto que ocupaba; á ningún espíritu le parecía en medio de aquella agitación que la legitimidad constitucional pudiera ser última expresión de la república ó la monarquía. Bajo los pies en el seno de la tierra parecía sentirse bullir ejércitos y revoluciones que se presentaban ofreciendo extraordinarios destinos. M. de Villele no podía menos de haber advertido ese movimiento; forzosamente tenía que haber visto crecer las alas que impeliendo á la nación iban á devolver á su elemento al aire, al espacio, propios de su inmensidad y ligereza. M. de Villele quiso retener á esa nación en el suelo, fijarla en las regiones inferiores; no era posible que el ministro tuviera fuerzas para conseguirlo. Yo por el contrario quería ocupar á los franceses con proyectos de gloria; me proponía conducirlos á la realidad por medio de ensueños; eso es lo que la Francia ama.

Mejor sería tener mas humildad, prosternarse mas, ser mas cristiano; pero desgraciadamente somos propensos al error, y no tenemos la perfección evangélica. Si alguno nos da un bofetón, no le presentaremos seguramente el otro carrillo: si, ese hombre era súbdito nuestro, tomaríamos su vida, ó tendría ocasión de tomar la nuestra, si era un rey...

Si hubiéramos previsto el resultado de semejante marcha es indudable que nos habríamos contenido; la mayoría que aprobó la frase sobre *negativa de concurso*, no lo hubiera hecho si hubiese previsto las consecuencias de su votación. Nadie, excepto unos cuantos hombres, deseaba formalmente una catástrofe. No hubo mas que un simple motín, y la legitimidad lo transformó en revolución; solo ella tuvo la culpa del ataque legal, y cuando llegó el momento careció de inteligencia, de tino y de la resolución que la podían salvar. Pero todo se redujo á la caída de una monarquía, otras muchas caerán en pos de ella; no le debíamos mas que nuestra lealtad; la posee.

Habiéndonos adherido á sus primeras adversidades, nos hemos consagrado también á sus últimos infortunios; la desgracia nos encontrará siempre dispuestos á defenderla. Hemos renunciado empleos, pensiones, honores, y á fin de no tener que pedir á nadie cosa alguna, hemos empeñado nuestro féretro. Jueces austeros y rígidos, virtuosos é infalibles realistas que habeis sabido mezclar un juramento con vuestras riquezas, como soleis mezclar la sal con los manjeres, de vuestro festín para que no se echen á perder, tened un poco de indulgencia respecto de nuestras pasadas amarguras, ya que hoy las estamos expiando de un modo que ciertamente no es el vuestro. ¿Creéis que á la hora de la noche en que el hombre atareado reposa, no sienta el peso de la vida, cuando gravita enteramente sobre él? Y sin embargo hemos podido dejar de sustentar ese peso; hemos visto á Luis Felipe en su palacio desde el 1.º al 6 de agosto de 1830; y solo de nosotros ha dependido el no prestar atención á generosas palabras; tal vez habríamos podido volver al ministerio de Negocios Extranjeros, tal vez se nos habria facilitado el volver á la embajada de Roma, tentación la mayor de todas para un visitante de ruinas y un parroquiano de la soledad. A pesar de eso preferimos conservar las cadenas, tanto mas apretadas, cuanto que ya se habian roto.

Posteriormente, si hubiera cabido en nosotros el arrepentimiento de haber obrado bien, habríamos podido retroceder del primer impulso de nuestra conciencia. M. Benjamin Constant, hombre tan poderoso en aquella época nos escribió en 27 de setiembre. «Me sería mas grato escribiros sobre asuntos que se refirieran á vuestra persona, que no sobre cosas mías; en aquello que os escribiera sería mucho mas interesante. Quisiera poder hablaros de la pérdida que habeis hecho sufrir á la nación, retirándoos de sus destinos despues de

haber ejercido en ellos tan noble y provechosa influencia. Mas no sería discreto el tratar de esa manera cuestiones personales y por consiguiente gimiendo como todos los Franceses debo respetar vuestros escrúpulos.»

No nos parecía haber cumplido todavía con nuestros deberes; hemos defendido á la viuda y al huérfano, y hemos sufrido un encausamiento y una prisión que el mismo Bonaparte en sus mayores arrebatos de cólera no nos llegó á imponer. Nos presentamos entre nuestra dimisión al morir el duque de Enghien y nuestro grito por el niño abandonado; nos presentamos apoyándonos en un príncipe fusilado y un príncipe proscripto; esos son los que con sus débiles brazos sostienen los nuestros faltos de vigor por la edad. Realistas ¿os presentais vosotros tan bien acompañados?

Pero cuanto mas hemos estrechado nuestra vida con los vínculos del afecto y del honor, tanto mas holgada hemos dejado á nuestra opinión; hemos cambiado la libertad del espíritu por la libertad de las acciones; esa libertad del pensamiento ha vuelto á refundirse en su naturaleza. Ahora, independientes de toda traba, apreciamos los gobiernos y lo que valen. ¿Podrá creerse en los reyes del porvenir? ¿Podrá creerse en los pueblos de la actualidad? El hombre sabio é inconsolable de este siglo sin convicciones, no encuentra un miserable reposo mas que en el ateísmo político. Sonría la juventud meciéndose en agradables esperanzas; muchos años tendrán que pasar antes de llegar al término. Las edades caminan hácia el nivelamiento general; pero no apresuran el paso segun lo deseáramos nosotros: el *Tiempo es una especie de Eternidad adecuada á las cosas mortales*: no aprecia en nada las razas, ni sus dolores para las obras que lleva á cabo.

XXVI.

Madama la Delfina.

De todo lo que se acaba de leer resulta que si se hubiera hecho lo que sin cesar hemos estado aconsejando; si mezquinas envidias no hubiesen preferido su satisfacción á la de la Francia; si el poder hubiese apreciado mas las capacidades relativas; si los gabinetes extranjeros, menos obstinados en su odio anti-constitucional, hubiesen creído como el czar Alejandro que no podía la monarquía francesa salvarse sino apoyándose en sus nuevas instituciones; si estos gabinetes no hubiesen alimentado en la autoridad restablecida, la desconfianza del espíritu de la Carta, resulta de todo eso, decimos, que la legitimidad seguiría ocupando aun el trono de Francia. Mas lo que ha pasado, ha pasado: en vanos es querer retroceder, ni ocupar el puesto del día que ha trascurrido y que en pos de sí se ha llevado todo lo que en él dejamos, hombres, ideas y circunstancias.

La partida se ha perdido. Los resultados de la guerra del 1823 compelidos á demasiada distancia para que pueda esperarse la realización de lo que dejaron de hacer, no llegaron á su completa terminación. Como la Francia no prosiguió engrandeciéndose cerca de la península, esta que por un momento se halló en la esfera de nuestra atracción, se ha separado ya totalmente. El oleaje de las revoluciones ha vuelto á extenderse sobre los dos países y los ha inundado de nuevo; la victoria del señor duque de Angulema no hizo mas que embriagar á la legitimidad. Ese es el daño que la mezquina envidia pudo hacernos; con nuestra ruina consiguió suscitar divisiones que en último resultado han sido tan fatales á la monarquía restaurada. No quiera Dios que al hablar de mezquina envidia designemos á M. de Villele; no tratamos de recordar mas que las medianías que lo importaron; hacemos relación á los que prepararon el casamiento de Isabel con alguno de los hijos de Francisco II ó de Jorge III. Por lo demás si

alguna vez hemos andado algo exagerados al tratar de nuestra defensa legítima, confesamos plena, sincera y francamente nuestra injusticia: cuando uno está herido, desaparecen las cualidades del hombre y no se ven mas que sus imperfecciones.

M. de Villele ha sido hombre vigilante, de paciencia y de sangre fría; sus recursos fueron infinitos. En la hacienda y en la contabilidad estableció un orden que seguirá subsistiendo. Dejando aparte el porvenir y la parte elevada de los asuntos, cosas que importaban poco á Villele, era imposible haberse manejado con mas finura, mas claridad, ni mas firmeza. Tal vez para ocupar el primer puesto no le faltaban mas que ciertas frivolidades útiles, ciertas cualidades de oportunidad; es lástima ciertamente que no hubiese adivinado cuánta falta podían hacerle nuestros defectos; en ellos hubiera encontrado el complemento de lo que carecía.

M. de Villele y mi persona eran los únicos ministros que convenían á la restauración; nunca debía haberse desprendido del uno ni abandonado del otro. Pero estaba escrito que al verse tan constantemente favorecida, había de dejar escapar todos sus elementos.

En Carlsbad nos tomaron el año 1832 la libertad de aconsejar á madama la Delfina llamando á M. de Villele cerca de Enrique de Francia. A una objeción amistosa de esta princesa creímos deber contestar:

«Yo he tenido que quejarme de M. de Villele; pero me creeria indigno de mí mismo si despues de la caída del trono, siguiera abrigando en mi pecho resentimiento de esas mezquinas rivalidades. Bastante daño han causado ya nuestras divisiones; estoy pronto á pedir perdón á los que me han ofendido. Suplico á MADAMA tenga á bien creer que no hablo de este modo por ostentación de una falsa generosidad, ni por miras de prevision en el porvenir. ¿Qué podría yo pedir á Carlos X en su destierro? Aun cuando llegue alguna vez á restablecerse la restauración ¿no me hallaré ya en mi tumba?»

MADAMA me miró con la afabilidad y se dignó alabarnos con estas solas palabras: «Está muy bien, M. de Chateaubriand.» En sus ojos habia como un velo de lágrimas.

Los mas preciosos momentos de nuestra larga carrera son lo que madama la Delfina nos permitió estar á su lado. En el fondo de aquella alma el cielo habia depositado un tesoro de magnanimidad y de religión, que las prodigalidades del infortunio no habian podido agotar. Tenia á mi vista la hija que el rey mártir habia estrechado contra su corazón al ir á recibir la palma; el elogio tiene algo de sospechoso cuando se dirige á la prosperidad; pero refiriéndose á la princesa tan conocida por sus infortunios, la admiración se hallaba en su verdadero terreno. Ya lo hemos dicho; las desgracias de esa mujer llegaron á tanta altura, que se han convertido en una de las glorias de la revolución. Por consiguiente alguna vez hemos encontrado destinos bastante elevados para decir sin temor de ofenderlos nuestro pensamiento acerca del estado futuro de la sociedad; con aquella señora se podía hablar de la suerte de los imperios, pues sin sentimiento de perderlos habia visto pasar á los pies de su virtud todos esos reinos de la tierra, de los cuales algunos se habian derrocado bajo los pies de su raza.

XXVII.

Última consideración sobre la guerra de España.—La restauración.—Carlos X.—Enrique y Luisa.—Resumen.

Hemos dado una idea del congreso de Verona, derecho y objeto de nuestra intervención. El error histórico á que el público habia sido impulsado puede haberle corregido, pues todavía no está ese error consagrado por el tiempo, y ni el amor propio, ni mo-

tivos tan poco elevados como él tienen interés de hacerlo vivir. Hoy la guerra de España es un hecho ya consumado; á un mundo ha sucedido otro mundo; la monarquía (absoluta) ha desaparecido en Francia y en España. Por consiguiente la expedición de 1823; por muy interesante, que hubiese podido ser para la sociedad, no puede despertar ni prolongar espíritu de partido. Esa expedición abortada no puede provocar otra que el sentimiento de haber sido malo grada.

Cuando nos encargamos de la dirección de las relaciones exteriores, la legitimidad iba por primera vez á quemar pólvora bajo la bandera blanca, iba á disparar su primer cañonazo despues de aquellos cañonazos del imperio cuyo estampido llegará á resonar en la última posteridad. Si la legitimidad retrocedía, su ruina era inevitable, si no triunfaba mas que á medias, se hacia ridícula. Pero abarcar de un solo paso la España, salir airosos, allí donde Napoleon se habia estrellado, triunfar en aquel mismo suelo donde los ejércitos del hombre del destino habian sufrido contratiempos, hacer en seis meses lo que aquel no habia podido hacer en siete años, era un verdadero prodigio. Ese prodigio hubiera admirado á la Francia, así como admiró á la Europa, si no nos hubiesen cegado las preocupaciones.

Supongamos á Fernando VII reinando de una manera razonable en Madrid bajo la férula de la Francia; supongamos las fronteras del Mediodía de esta nación en seguridad, no pudiendo ya la Iberia vomitar sobre nosotros la Austria, ó la Inglaterra; figuremos dos ó tres monarquías borbónicas en América, haciendo, en beneficio nuestro, contrapeso al comercio é influencia de los Estados Unidos ó de la Gran Bretaña; figuremos el gabinete francés habiendo reconquistado su antiguo poder hasta el punto de exigir una modificación en los tratados de Viena, recobradas nuestras antiguas fronteras extendidas en los Países Bajos y en los antiguos departamentos germánicos; y digámonos si por tales resultados merecía ó no haberse emprendido la guerra de España; digámonos si las injurias de los folletos y las declamaciones de la tribuna no parecían prevenciones de ánimos que no temían idea del asunto, ó que temían una guerra que produjera buenos resultados por la enemistad que profesaban á la legitimidad.

Hoy se dice que los sistemas se hallan ya agotados, que no se puede salir de un círculo vicioso, que los caracteres carecen de expresión y los ánimos estan cansados, que nada se puede hacer; que nada se puede encontrar; que no se presenta ningún camino; que el horizonte está cerrado; todo eso es cierto, pero es cuando el observador no se mueve de un solo punto. Avanzad; atreveos á desgarrar el velo que os envuelve y mirad, si es que el miedo no os hace cerrar los párpados.

La mayor parte de los resultados que acabamos de decir se habian conseguido ya; la Francia se habia salvado de la conspiración de los carbonarios civiles y militares; Fernando habia recobrado su libertad; un ejército se habia organizado con la escarapela blanca; el asunto de las colonias abría tan vasto campo que la España consentía en aceptar el arbitraje de Europa. No es ciertamente á los hombres que vencieron en los campos de Marengo, de Austerlitz y la Gena, á quienes hay que alabar la expedición del duque de Angulema en la Península, esa expedición tiene un carácter particular. Una guerra silenciosa sucede á los estrepitosos combates del imperio; esa guerra se consume de la misma manera que se habia principiado. No hay ejemplo de haberse entrado en un país, donde desde los romanos hasta nuestros tiempos todas las empresas militares han encontrado insuperables obstáculos, en un país herizado de fortalezas y defendido por cien mil valerosos soldados, ni de haberse ido á dar libertad á un rey aunque se hallara encadenado.

nado en el último confin de sus estados y en una isla considerada como intomable, ni de haberse manifestado que después de llevados á cabo todos esos hechos se dejarían las armas, no conservando otra cosa que el prestigio que estos habrían necesariamente adquirido; eso fue lo que se anunció, y eso fue lo que en realidad se hizo.

¿Qué tiempo se invirtió en realizar esa empresa? En abril de 1824 los pares y los diputados encontraron en las barreras del Louvre la misma guardia que habiendo pasado el Vidasoa en abril de 1823 había establecido centinelas en las puertas del palacio que Fernando habitó en Sevilla. Lo que el rey dijo, Dios lo consintió y el ejército lo puso por obra.

¿Cuál pues esa guerra cuyos resultados han sido universalmente (salvo los partidos, las pasiones, los sistemas y las rivalidades) bendecidos? Roma durante dos días ilumina sus ruinas; Baviera, Sajonia y Dinamarca envían felicitaciones; Viena, Berlín y San Petersburgo, aunque opuestos en nuestras ideas, aplauden. Al volver Bonaparte de sus conquistas no oía por cierto que Europa le dijera como al duque de Angulema, que había salvado al mundo civilizado. No han alabado Canning ni lord Liverpool en pleno parlamento á los soldados de Napoleón como lo han hecho con los soldados del príncipe generalísimo. ¿Bonaparte respetaba, ó respetaba la cabaña del pobre? Se han encontrado en Iberia ciudades quemadas, poblaciones destruidas: ¿quién las quemó? ¿Quién las arruinó? ¿Se abrazaban los pueblos á las rodillas de los capitanes del imperio para retenerlos un poco de tiempo mas entre las ruinas?

Nadie tendrá la estupidez de comparar el Delfín con Napoleón, una gota de agua con el mar: los males de que Napoleón fue causa lo coronaron, y se convirtieron en beneficio de su gloria; viva no por lo que fue sino por lo que hizo; manténgase en pie el gigante y sea visto hasta el fin del mundo; esa es la suerte, y así lo confesamos. Sin embargo la humanidad cuenta por algo las lágrimas en su historia. Jamás una conquista tan brillante como la de España en 1823 ha costado menos lágrimas. No quitareis del corazón de los franceses el sentimiento de noble orgullo y de confianza que experimentaron al salir de la guerra victoriosa de una anarquía vecina, vergadora de Waterloo, y regeneradora de la patria.

Cuesta el confesar que un poder que se ha detestado alcanza ventajas que no se habían creído posibles: se ha querido rebajar el mérito de una victoria inesperada, diciendo que la campaña de 1823 no habían sido mas que una excursión sin peligro. No se echa de ver que de esa manera se da origen á otra dificultad: se sustituye á una maravilla militar una maravilla diplomática. Explicadnos en ese caso cómo unas poblaciones de carácter violento y opuestas entre sí, pudieron avenirse al extremo de irnos guiando de río en río, de desfiladero en desfiladero, de montaña en montaña, alimentando á nuestros soldados, hospedándolos, y entregándoles las llaves de las plazas y haciéndolos pasar bajo arcos de triunfo hasta el *plus ultra* de las regiones de Hércules: explicad por qué razón los ejércitos y los generales de las cortes aceptaron nuestra paz sin haber cruzado el hierro por el honor de nuestras armas. Si todo eso no es algo aventurado á hacer un ensayo y si conseguimos realizarlo os prometemos aplaudir de todo corazón á esa orgía de triunfos: saltad de lo alto de las murallas como el prisionero católico del barón de Adrets: os dejamos ensayar diez veces el salto.

Antes de penetrar en la península hubo hombres competentes en la materia que nos hicieron ver y tocar los imposibles de que íbamos á vernos rodeados y en cuyo recinto, así como en un palenque íbamos á vernos expuestos á los asaltos de todas las calamidades. Ahora les parece á esos mismos hombres que

aquellos imposibles y calamidades eran puramente imaginarias; creen que cualquiera habría podido hacer lo que hemos hecho teniendo por colmo de mal agüero en frente de nosotros la Inglaterra amenazando, y detrás la Europa casi en abierta hostilidad. Si nuestros despachos extendidos sobre el ajuste de nuestros enones impedían que se oyera el ruido de estos hacían al rodar ¿por qué razón Bonaparte no supo servirse del mismo artificio? ¿Por qué vosotros en la situación en que os hallais no os divertís dando un paseo por Cataluña y las Castillas?

¿Es cierto que toda la Francia no quería la guerra, que toda España no quería la guerra, que toda la Gran Bretaña no quería la guerra, y que los mas grandes políticos y los hombres de mas experiencia no querían la guerra? ¿Qué mayor prodigio! Esa guerra desastrosa y aborrecida fue por consiguiente hecha ventajosamente por nuestra mezquina capacidad contra la opinion de los pueblos, contra la naturaleza, contra el cielo y contra los dioses! ¿Podremos conceder á nuestra capacidad tan increíble ascendiente?

Forzoso será sospechar que en el fondo de una causa apoyada en el orden y la religion había una fuerza de simpatía humana que el siglo no había echado de ver. Lo confesamos espontáneamente: aquellos triunfos no fueron nuestros; fueron obra de la Providencia, y como tenemos la pequeñez de ser cristianos no dudamos que el feliz resultado de la guerra de España fue uno de los últimos milagros del cielo en favor de los hijos de San Luis.

Segun el parecer de la pasión ó la ignorancia los Borbones son autores de todos nuestros males; son cómplices y fautores de aquellos tratados de que con sobrada razón nos estamos quejando: eso es poner en olvido las fechas y los sucesos.

La regeneración no ha ejercido alguna influencia en los actos diplomáticos mas que en la época de la invasión de que nos estamos ocupando. Es evidente que no se quería esa restauración, puesto que se trataba con Bonaparte en Chatillon; que si la hubiera aceptado, habría seguido siendo emperador de los franceses. Vista la obstinación de su genio y por no haber otra cosa mejor, se echó mano á los Borbones que se encontraban en aquel sitio. *Monsieur*, teniendo general del reino, tuvo entonces una cierta parte en las transacciones del día; ya se ha visto en la vida de Alejandro lo que dejó á la Francia el tratado de 1814.

En 1814 no se trataba de los Borbones; para nada entraron en los contratos expoliadores de la segunda invasión: esos contratos fueron resultado del rompimiento de destierro de la isla de Elba. En Viena los aliados declararon que no se reunían sino contra un solo hombre; que no pretendían imponer á la Francia ninguna clase de dueño, ni especie alguna de gobierno: el destierro de Gante había vuelto á entrar en su retiro cuando la Europa había salido de su madriguera á la sola aparición de un fugado. El mismo Alejandro había pedido al congreso otro rey que Luis XVIII. Si este al venir á sentarse en las Tullerías no se hubiera dado prisa á arrebatarse un trono nunca habría vuelto á reinar. Los tratados fueron obominables; precisamente no se quiso atender á la paternal voz de la legitimidad, y para hacerlos quemar fue por lo que quisimos reorganizar nuestro poder en España.

El solo momento en que se ve aparecer el espíritu de la restauración es en el congreso de Aix-la-Chapelle: los aliados habían convenido en quitarnos nuestras provincias del N. y del E.; M. de Richelieu intervino en la negociación. El czar, movido de nuestra desgracia, arrastrado por su equitativa inclinación, remitió al señor duque de Richelieu el mapa de Francia en el que estaba trazada la línea fatal. He visto con

mis propios ojos ese mapa de la laguna estigia en manos de la señora de Moncalm; hermana de nuestro noble negociador.

Hallándose la Francia ocupada por los extranjeros, y nuestras plazas fuertes en su poder, no era posible resistir á esas exigencias. Una vez privados de nuestros departamentos militares ¿cuánto tiempo hubiéramos gemido bajo la conquista? Hubiéramos tenido un príncipe de una nueva dinastía, un príncipe de circunstancias que nadie lo habría respetado. Entre los aliados, unos cedieron á la ilusión de una gran raza; otros creyeron que bajo un poder gastado el reino perdería su vigor y dejaría de ser una causa de inquietud: el mismo Cobett conviene en ello en una de sus cartas. Es por lo tanto una monstruosa ingratitud el no ver que somos todavía la antigua Italia, no lo debemos sino á la sangre que mas hemos abominado: á esa sangre que desde hace ocho siglos circulaba en las mismas venas de la Francia; esa sangre que le había dado el ser que tiene es la que la ha vuelto á salvar. ¿Para qué obstinarse en negar eternamente los hechos? Se ha abusado contra nosotros de la victoria como nosotros habíamos abusado contra la Europa. Nuestros soldados han llegado al fin del mundo, y han hecho venir en pos de sí á los que iban huyendo delante de ellos: después de la acción, la reacción, esa es la ley. En nada perjudica esa circunstancia á la gloria de Bonaparte, gloria aislada y que la pertenece por completo; en nada perjudica tampoco á nuestra gloria nacional enteramente cubierta del polvo de la Europa, cuyas fortalezas han sido barridas por nuestras sangrientas banderas: es inútil que en nuestro justo despecho vayamos á buscar otra causa que la verdadera de nuestros males. Lejos de ser esta causa los Borbones, por lo menos en nuestras desgracias, hay que recordar que estábamos divididos.

Apreciad ahora las calumnias de que la restauración ha sido objeto; interróguense los archivos de los negocios extranjeros, y se adquirirá el convencimiento de la independencia de lenguaje con que se habló á las potencias bajo el reinado de Luis XVIII y Carlos X. Nuestros soberanos abrigaban el convencimiento de la dignidad nacional; supieron ser reyes particularmente al tratarse de extranjeros que nunca aceptaron con franqueza el restablecimiento y vieron á su pesar la resurrección de la mas antigua de las monarquías. El lenguaje diplomático de la Francia en la época á que nos referimos, es particular de la aristocracia. Llena de amplias y fecundas virtudes la democracia es arrogante cuando llega á dominar: ostentando una incomparable munificencia cuando tiene que poner en juego inmensas abnegaciones, suele fracasar en los detalles; rara vez es sublime, sobre todo en las prolongadas desgracias. Parte del odio de los gabinetes inglés y austriaco contra la legitimidad procede de la firmeza que manifestó el gabinete de los Borbones.

Luis XVIII nunca perdió el recuerdo de la preeminencia de su cuna; era rey en todas las naciones á la manera que Dios es Dios en todas partes, en un pesebre ó en un templo, en una ara de oro, ó en la de barro. Jamás capituló en lo mas mínimo con su infortunio; su altura crecía en relación de su abatimiento; su diadema era su nombre; parecía que desafiaba á la adversidad diciendo: «Matadme, pero estad seguros que no matareis los siglos que estan impresos en mi frente; los siglos no mueren.» Si habían borrado su escudo de armas en el Louvre, poco le importaba; ¿no las llevaba el mundo impresas en su frente? ¿Habían enviado comisionados que las borrarán en todos los ángulos del universo? ¿Las habían borrado en las Indias, en Pondichery en América, en Lima y en Méjico, en el Oriente, en Antioquia, en Jerusalem, en San Juan de Acre, en el Cairo, en Constantinopla,

en Rodas, en Morea, en el Occidente, en las murallas de Roma, en los techos artesonados de Caserta y del Escorial, en las bóvedas de Ratisbona y Westminster, en el escudo de todos los reyes? ¿Las habían hecho desaparecer de la aguja de la brújula que parecen estar allí puestas para anunciar el reinado de las flores de lis á las diversas regiones del orbe?

La idea fija de la grandeza, de lo antiguo, digno y majestuoso de su raza daba á Luis XVIII el carácter de un verdadero imperio. Sentíase en su torno el prestigio de la dominación; así lo confesaban los mismos generales de Bonaparte que se sentían mas intimidados delante de aquel anciano impotente que en la presencia de aquel terrible capitán que los había conducido cien veces á otras batallas como las de Alejandro Magno. En París, cuando Luis XVIII concedía á los monarcas victoriosos el honor de sentarse á su mesa, pasaba sin ceremonia alguna por delante de aquellos príncipes, cuyos soldados estaban acampados en el Louvre, y los trataba como vasallos que no habían hecho mas que cumplir con su deber al venir con las mesnadas á ayudar á su señor feudal. Tenía razón: la Europa no es mas que una monarquía, la de Francia; el destino de todas las demás depende del de esta. Todas las dinastías son de ayer si se comparan con la de Hugo que puede considerarlas como hijas. El antiguo poder monárquico de Francia era la antigua monarquía del mundo: desde el destierro de los Capetos fecha la época de la expulsión de los soberanos.

Esa altivez del descendiente de San Luis respecto de los aliados complacía al orgullo nacional: los franceses se regocijaban al ver á los soberanos que siendo vencidos, habían tenido que sufrir el yugo de un hombre, sufrir ahora, siendo vencedores, el yugo de una raza.

La inquebrantable fe en la sangre de Luis XVIII es el verdadero poder que le devolvió el cetro; esa es la fe que en dos ocasiones hizo caer sobre su cabeza una corona por la cual la Europa no quería ni pensaba gastar sus poblaciones, ni sus tesoros. En último término el desterrado sin soldados recogía el fruto de todas las batallas que no había dado. Luis XVIII era la personificación de la legitimidad: esta desapareció cuando aquel llegó á su ocaso.

Lejos de precipitar esa legitimidad hubiera sido mas cuerdo el apuntalar sus ruinas: al abrigo del interior se habría ido levantando el nuevo edificio, como se construye un buque, que ha de contrastar con el furor de las olas, en el dique que se abre en medio de la roca: así es como la libertad inglesa se ha ido desarrollando en el seno de la ley normanda. No se debía haber conjurado á ese fantasma monárquico, á ese centenario de la edad media, que como Dandolo *tenía los ojos en la cabeza hermosos, aunque no veía cosa alguna*; á ese anciano que podía guiar á los jóvenes cruzados, y que adornado de sus blancos cabellos imprimía vigorosamente la huella de sus pasos indelebles en la nieve.

Concíbese que nuestros prolongados temores, las preocupaciones, y nuestras vanidosas vergüenzas nos cieguen; pero la posteridad distante, republicana, como lo será, esa posteridad ya asegurada y justa reconocerá que la restauración ha sido, históricamente hablando, una de las mas hermosas fases de nuestro cielo revolucionario. Los partidos, cuyo calor aun no se ha entibiado, pueden gritar ahora diciendo: «Fuimos libres en tiempo del imperio, y esclavos bajo la monarquía constitucional;» las generaciones venideras, no haciendo caso de esa mentira risible si no fuera un solisma, dirán que los Borbones en su regreso impidieron el desmembramiento de la Francia; que fundaron en esta nación el gobierno representativo; que hicieron prosperar la Hacienda; se desquitaban de deudas que no habían contraído, y pagaron religiosamente hasta la pensión de la hermana de Ro-

bespierre. Finalmente, dirán que los Borbones para reemplazar las colonias perdidas, nos dejaron en África una de las más ricas provincias del imperio romano.

En la expedición de Argel la marina francesa, reunida en el combate de Navarino, salió de aquellos puertos de Francia poco tiempo antes tan abandonados. La rada estaba cubierta de buques que saludaban la tierra al alejarse de sus costas. Buques de vapor, nuevo descubrimiento del ingenio del hombre, iban y venían llevando órdenes de una á otra división, como sirenas ó como ayudantes de campo del almirante. El Delfín veía partir la escuadra desde la orilla á donde toda la población de la ciudad y del campo había bajado. El Delfín, que después de haber librado á su pariente el rey de España de las garras de las revoluciones, veía en la marcha de aquella escuadra nacer el día en que la cristiandad iba á ser libertada ¿cómo había de pensar que se hallaba tan próximo á su eterna noche?

Habían pasado ya aquellos tiempos en que Catalina de Médicis solicitaba del sultán la investidura del principado de Argel para Enrique III, que aun no era rey de Polonia: Argel iba á ser hijo y conquista de la Francia, sin permiso de nadie, sin que ni la misma Inglaterra pudiera impedir que los soldados de aquella se apoderasen hasta del mismo fuerte del emperador, en recuerdo de Carlos V y del cambio de su fortuna. Causa era de mucho júbilo, y agüero de felicidad para los espectadores franceses allí reunidos, el repetir el saludo de Bossuet á los generosos bajeles que con su popa iban á romper la cadena de los esclavos, victoria engrandecida por aquel grito del águila de Meaux, cuando al anunciar las consecuencias del porvenir, como para consolarle algún día en su tumba de la dispersión de su raza, le decía:

«Tú cederás, ó tú caerás bajo ese vencedor, ó Argel enriquecida con los despojos de la cristiandad. En el fondo de la avaricia de tu corazón decías: Doy leyes al mar y las naciones son presa mía. La lijereza de tus bajeles te inspiraba confianza, pero tú te verás asaltada dentro de tus muros, como el ave de rapiña en la hendidura de la roca donde ha construido su nido, y en donde reparte el sangriento botín con sus polluelos. Tú devuelves ya tus esclavos. Luis ha roto las cadenas con que oprimías á sus vasallos que no han nacido sino para ser libres bajo su glorioso reinado. Los pilotos admirados se anticipan á gritar: ¿Quién es semejante á Tiro? Y sin embargo la ciudad ha permanecido silenciosa en medio del mar.»

Magníficas palabras; ¿no habeis podido retardar el derrocamiento del trono? Los pueblos marchan á sus destinos, á manera de ciertas sombras del Dante; no puede pararse ni un instante, ni aun para paladear un momento de dicha.

Esos buques que llevaban la libertad á la Numidia, se llevaban también consigo la legitimidad: esa escuadra de pabellón blanco era la monarquía que se hacía á la vela alejándose de los puertos donde se embarcó S. Luis cuando la muerte lo llamaba á Cartago. Esclavos redimidos de las mazmorras de Argel, esos que os devolvieron á vuestro país, se encuentran ahora sin patria: esos que os arrancaron de ese eterno destierro, sufren ahora el peso de la proscripción. El dueño de esa vasta escuadra ha atravesado el mar como fugitivo en una barquichuela y bien podría la Francia decir lo que Cornelia decía á Pompeyo. «Obra es de mi adversidad y no de la tuya el verte reducido ahora á una sola y misera nave en el mismo sitio donde acostumbrabas navegar con quinientas velas.»

Mas si la legitimidad se ha retirado gloriosamente ¿la persona legítima se habrá retirado igual en gloria á la legitimidad?

Habiendo Esforzia caído enteramente armado en un río después de la batalla de Pescara, viéndose ya cu-

bierto por las olas, levantó por dos veces su guante sobre la superficie del agua: ¿será el guante de Roberto el fuerte el que se ha aparecido sobre la superficie del abismo en el naufragio de Ramboillet?

Esa duración de raza, tan saludable á los pueblos monárquicos, ¿podrá ser acaso temible para los reyes? La permanencia en el poder los embriaga; pierden, si así puede decirse, de vista la tierra; todo lo que en sus aras no son prosternaciones, humildes plegarias y profundos abatimientos, es impiedad. Su propia desgracia nada les enseña; la advesividad no es más que una grosera plebeja que les falta al respeto; las catástrofes son unas meras insolencias. Esos hombres, con el trascurso del tiempo, se convierten en cosas; han dejado de ser personas, no son más que monumentos, pirámides, magníficos cenotafios.

La última vez que vimos á los proscriptos de Ramboillet fue en Buschirad (Bologna). Carlos X estaba acostado; tenía calentura y me introdujeron de noche en su aposento. Una pequeña lámpara iluminaba la estancia. No oíamos en el silencio de las tinieblas más que la anhelosa respiración del trigésimo quinto sucesor de Hugo Capeto. ¡Anciano rey mío! ¡Qué penoso era vuestro sueño! El tiempo y el infortunio, sin estras pesadillas estaban sentadas sobre vuestro pecho.

Un joven se aproximaría al lecho de una contemporánea suya con menos amor que el que experimentábamos en nuestro pecho al acercarnos de puntillas hacia vuestro solitario lecho. ¡Por lo menos yo no era un mal sueño como el que os despertó para ir á ver morir vuestro hijo! Al mover silenciosamente nuestras plantas íbamos diciendo en nuestro interior, pues temíamos que las lágrimas que brotaban de nuestros ojos sofocaran el sonido de nuestras palabras: «¡El cielo os preserve de todo mal para el porvenir! ¡Dormid en paz esas noches precursoras de vuestro eterno sueño! Bastante tiempo vuestras veladas han sido vigiliadas del dolor. ¡Pierda ese lecho de proscripción su dureza, ahora que tal vez está esperando la visita de Dios! ¡Solo él puede hacer que la tierra extranjera sea leve á vuestros huesos!»

En el refugio de Carlos X encontramos al hermano y la hermana. Yo los venía buscando de parte de una madre cautiva; y se parecían á dos pequeñas gazelas ocultas entre las ruinas. Para encontrar á esos dos amables niños el peregrino de la Tierra Santa había llamado con su bastón y sus sandalias en las puertas del extranjero: en vano canto Blondel en otro tiempo al pie de la torre del duque de Austria, no le fue posible franquear á los desterrados el camino de la patria.

Cuando Enrique sea hombre se presentará solo á sus pasiones y á la tierra: ¿A qué miserable cabaña irán á reunirse los magníficos restos de Balbec y de Palmira?

Mas afortunado que Enrique, que parte desde el dintel de la vida, Carlos ha terminado ya su carrera. No hay heraldos que hayan acompañado su fúnebre comitiva; no ha habido próceres que hayan arrojado en la huesa del príncipe las insignias de su dignidad; habían ya tributado ese homenaje en otra parte. Nada yace al lado de aquel regio cadáver más que su corazón y sus entrañas arrancadas de sus respectivas cavidades, como al lado de la madre difunta suele colocarse el feto que le ha costado la vida. Ovidado en un claustro el rey cristianísimo, cenobita después de la muerte, oye á algún hermano desconocido rezarle las oraciones de cabo de año, único recuerdo del real difunto entre las generaciones vivas. Las oraciones por los muertos son una servidumbre de inmortalidad impuesta á las almas cristianas en su fraternal ternura.

Pero cuando surge un nuevo mundo del seno de las edades, cuando lo pasado no es ya más que historia ¿por qué no se han de reunir tantos huesos dispersos como se reúnen antigüedades exhumadas de diversas

excavaciones? A ese llamamiento de la muerte los despojos mortales de Carlos X, se reunirían con los de su hijo y hermanos en la abadía de Dagoberto; la columna de bronce elevaría sus relieves de batallas y victorias inmóviles sobre el esqueleto eternamente fijo de Napoleón, en tanto que cuatro mil años evocados del país de la eternidad cubrirían en forma de piedra el cadalso de Luis XVI bajo el peso de los siglos. Día vendrá en que el obelisco del desierto encontrará en la plaza de las matanzas los despojos, el silencio y la soledad de Luxor.

Excúsenos si impelidos por el asunto hemos tenido que recordar el fin de la restauración. Algunas palabras nos bastarán para decir lo que la restauración ha hecho al pasar sobre la tierra además de las ventajas de que ya hemos hablado.

Tres cosas subsisten adquiridas por la legitimidad restaurada: la entrada en Cádiz, el haber dado en Navarino independencia á la Grecia, y el haber emancipado á la cristiandad apoderándose de Argel: en esas empresas habían fracasado Bonaparte, la Rusia, Carlos V y la Europa. Hacednos ver un poder de algunos días (y un poder disputado) que haya llevado á cabo semejantes empresas.

Napoleón, al estar como Prometeo clavado á una roca, juzgó equitativamente á los soberanos, sucesores suyos de un momento, diciendo: «Si el duque de Richelieu, cuya ambición fue librar á su país de las bayonetas extranjeras; si Chateaubrian, que acababa de prestar en Gante eminentes servicios, hubiesen conservado la dirección de los negocios, la Francia habría salido poderosa y temida de aquellas dos grandes crisis nacionales.»

Al citar en otra parte esas palabras, añadimos: «¿Por qué no hemos de confesar que *despiertan en nuestro corazón orgullosa debilidad?* Bastantes hombres de pigmea estatura á quienes hemos hecho grandes servicios no nos han juzgado tan favorablemente como el poeta de las batallas; cautivo del Océano y terror del mundo.»

XXVIII.

Llamada á los personajes del Congreso de Verona y de la guerra de España.

Próximo á soltar la pluma, dirijo una mirada á lo pasado, buscando los personajes de que acabo de hablar. Ya al atravesar Verona en 1833, esa ciudad tan animada por la presencia de los emperadores en 1822, había vuelto á quedar sumergida en silencio. Estaba ya tan distante el Congreso de sus calles solitarias, como la corte de los Scaligeros y el senado de los romanos. Los circos, cuyas gradas había yo visto en otro tiempo cargadas de cien mil espectadores, remedaban el desierto, los edificios que había tenido ocasión de ver á beneficio de una iluminación bordada en su arquitectura, estaban envueltos, pardos y desnudos por una atmósfera sombría.

¿Qué de ambiciones se agitaban entre los actores de Verona y entre los que los dirigían ó los trataban de cerca ó de lejos! ¿Qué de sueños para el porvenir! ¿Qué de destinos de pueblos examinados, discutidos y pesados! Hagamos una llamada á los ilustres señores; abramos el libro del día de las iras, *liber scriptus proferetur*.

¡Monarcas! ¡Príncipes! ¡Ministros! Hé aquí vuestro embajador, vuestro colega que ocupa otra vez su puesto; contestad:

El emperador de Rusia, Alejandro?	Muerto.
El emperador de Austria, Francisco?	Muerto.
El rey de Francia, Luis XVIII?	Muerto.
El rey de Francia, Carlos X?	Muerto.
El rey de Inglaterra, Jorge IV?	Muerto.

El rey de Nápoles, Fernando I?	Muerto.
El duque de Toscana?	Muerto.
El papa Pio VII?	Muerto.
El rey de Cerdeña, Carlos Feliz?	Muerto.
El duque de Montmorency, ministro de negocios extranjeros de Francia?	Muerto.
M. Canning, ministro de negocios extranjeros de Inglaterra?	Muerto.
M. de Bernstorff, ministro de negocios extranjeros de Prusia?	Muerto.
M. de Gentz, de la cancillería de Austria?	Muerto.
El cardenal Consalvi, secretario de Estado de S. S.?	Muerto.
M. de Serre, colega mío en el congreso?	Muerto.
M. de Lamaisonfort, ministro de Florencia?	Muerto.
M. d'Axpremont, mi secretario de embajada?	Muerto.
El conde Nieperg, marido de la viuda de Napoleón?	Muerto.
El conde Tolstoy?	Muerto.
Su grande y joven hijo?	Muerto.
Mi huésped del palacio Soranzi?	Muerto.

¿Cuántos otros personajes de los que hemos nombrado durante la guerra de España faltan además de estos! Fernando VII no existe; Mina ha dejado de vivir; M. de Carrel, el primero de todos en mi afecto, se libró de los campos de Cataluña y cayó en Vincennes. Os felicito, Carrel, por haber acabado de un solo paso ese viaje, cuyo trayecto prolongado llega á ser tan fatigoso y desierto. Envidio á los que se han marchado antes que yo: como los soldados de César en Brindis, echo de lo alto de las rocas de la orilla una mirada sobre el vasto mar: miro hacia el Epiro con la esperanza de ver regresar las naves que han trasbordado las primeras legiones para que me lleven á mi vez.

Si tantos hombres anotados conmigo en el registro del congreso se han hecho ya inscribir en el libro de la muerte; si han perecido pueblos y dinastías reales; si la Polonia ha sucumbido; si España se ve nuevamente turbada; si he ido á Praga á preguntar por los restos fugitivos de la gran raza que representé en Verona ¿qué son pues las cosas de la tierra? ¿Prestigio del genio! Nadie se acuerda de lo que hablábamos alrededor de la mesa del príncipe de Metternich, ningún viajero oirá jamás cantar la calandria en los campos de Verona sin recordarse de Shakespeare. Cada uno de nosotros excavando en las diversas profundidades de la memoria, encuentra otra capa de cadáveres, otros sentimientos apagados, otras quimeras sin vida que inútilmente nutrió, como las de Herculanum, en los pechos de la esperanza.

XXIX.

Fin.

La fortuna, separando al hombre virtuoso á quien había reservado una obra más santa, nos eligió para encargarnos de la poderosa aventura que bajo la Restauración, habría podido renovar la faz del mundo, y nos transformó en hombre político. En la mesa de juego á que nos sentó, nos dió por contrarios una Francia enemiga de los Borbones, y los dos grandes ministros de la época, el príncipe de Metternich, y M. Canning: sin embargo, la fortuna nos hizo ganar el juego.

Las transacciones de la guerra de España, nos pertenecerán constantemente. Esa gran mancha de sucesos, estampada en el tejido de los infortunios de nuestra vida, no se borrará nunca, porque ha sido una sombra proyectada por la historia. Pobre y rico, poderoso y débil, dichoso y miserable, hombre de ac-